

Nunca más les volvimos a hacer caso

Víctor M. Campos.

El acuerdo consistía en dejar que el algoritmo eligiera el lugar por nosotros. Al llegar nos desconectaríamos por un tiempo. Por primera vez podríamos relacionarnos estrechamente, tocarnos, estar a la misma hora y en el mismo lugar con otro ser humano. ¡Vaya excentricidad!

Ahora entiendo por qué nacimos con una barrera de por medio, con esa pantalla que nos mantiene a sana distancia del otro. ¿Cómo sobrevivieron los que fueron obligados a convivir en la presencialidad cada día, a rozarse cada hora, a hablar entre sí cada minuto? Eso debió agotarlos a tal punto que seguro no les quedaron energías para hacer del presente un tiempo y lugar habitables, para desear otra cosa que no fuera extinguirse lo antes posible.

El acuerdo era vivir esa experiencia de la que con tanta nostalgia hablaban los abuelos y a la que con tanto entusiasmo nos empujaron.

No sé en qué estábamos pensando.

Nuestra relación iba bien. Gracias al 5G había tantas cosas que ver en la pantalla que solo a un loco se le hubiera ocurrido desperdiciar el tiempo queriendo vivirlas. Fue gracias a esa magia que nos conocimos. Todo estaba bien, sí, pero en un momento de flaqueza nos dejamos llevar. Entonces, el algoritmo eligió aquel bosque remoto de pinos altísimos e infinitos senderos. Nos gustó su elección pero más nos gustó no tener que ser nosotros los que tuviéramos que elegir.

En cuanto estuvimos juntos nos agarramos de la mano y nos internamos en el bosque. Esa extraña sensación de los dedos entrelazados fue mucho menos agradable de lo que decían. Recuerdo que sentimos asco cuando empezamos a sudar. Inmediatamente nos soltamos y cada uno se limpió como pudo. Además de la transmisión de un virus, ¿podría haber algo positivo en ese intercambio de fluidos? De verdad había que estar demente para abandonar la seguridad y el confort de nuestra casa para vivir esa experiencia tan antihigiénica como incierta.

Pero ya era muy tarde.

Al volver a la cabaña nos lavamos las manos y vaciamos media botella de gel antibacterial. Después, nos sentamos frente a la chimenea, cada uno abrigado con su cobija, y brindamos sin chocar nuestras copas. Por el algoritmo, por el bosque, por nosotros. Un nosotros enrarecido ahora que teníamos que vernos a la cara y comunicarnos oralmente, sin emojis, sin nuestro banco de *stickers* al alcance. Lo intentamos, pero muy pronto nos quedamos sin nada que decir y sin más resquicio en donde poner los ojos que no fuera el vuelo de una mosca o el paisaje monótono de la ventana.

Cada uno resultó ser tan abrumadoramente real para el otro, que no hubo manera de conciliar nuestras expectativas con aquella decepción que estábamos experimentando. Recordé a los abuelos enumerando las bondades de estar con el otro, de ponernos en sus zapatos, de reconocernos en él. Nomás de imaginarme tocando la huella de sus pasos con mis pies, el sudor de ambos hollando y humedeciendo el interior de esos zapatos..., guácala, no, muchas gracias.

Nos sobrevino una arcada, así que antes de que algo peor pudiera pasar cada uno se fue a refugiarse a su habitación. Al rato, ya más calmado, prendí mi celular. Temeroso de que me hubiera bloqueado le envié un emoji con las mejillas sonrojadas y los ojos abiertos y neutros. Tardó un rato en contestar pero, al fin, lo hizo con el mismo emoji. Suspiré aliviado. Al día siguiente cada quién pidió su Uber y hasta ahí llegó nuestra excéntrica aventura.

A los abuelos nunca más les volvimos a hacer caso.